

WOODWARD, Bob, 2010: *La guerra. Historia secreta de la Casa Blanca*. Alcalá la Real (Jaén), Algón Editores, 518 páginas.

Decepcionante. Esta es sin duda la palabra que mejor puede definir la última entrega de Bob Woodward, para muchos -entre los que me incluyo- auténtica vaca sagrada del periodismo y modelo a seguir desde que en 1972 empezara en el Washington Post a destapar el caso Watergate. Aquel bombazo, reconocido unánimemente como la Biblia del periodismo de investigación, fue recogido en el libro *Todos los hombres del presidente* que contó con una magnífica versión cinematográfica, quizá nunca justamente valorada como reflejo riguroso de los valores que deben acompañar la labor informativa, eclipsado ante la enorme fama de sus -espléndidos, por otra parte- intérpretes principales, Robert Redford y Dustin Hoffman. Tras aquello vino *El hombre secreto*, en 2005, otro libro imprescindible del que hablamos en estas mismas páginas y en el que se relataba cómo se reveló el secreto de Garganta profunda, la fuente más célebre de la historia. Lo principal de la obra de Woodward en estas cuatro décadas, como se ve, gira en torno al asunto que motivó la primera, y única hasta el momento, dimisión de un presidente norteamericano. Ese asunto colocó a nuestro autor en el Olimpo; pero los dioses, desgraciadamente, también caen.

A *La guerra...* le cabe al menos el mérito de ser coherente; coherente, eso sí, en su consideración de proyecto fallido. En este sentido podemos decir que todo en él decepciona. Incluso todo lo anterior a él. El libro, como cabe suponer por el título, trata de la Guerra de Irak, pero no de toda ella sino del periodo 2006-2008, unos años de especial confusión política, sin duda herencia del punto de partida más falso que conoce la historia militar moderna: las famosas, por inexistentes, armas de destrucción masiva de Sadam cuya búsqueda hoy, casi una década después del comienzo de la guerra, sólo algún político con una visión desenfocada de la historia, como José María Aznar, se atreve a seguir justificando. Al despropósito inicial se fueron uniendo una serie de tensiones, contradicciones, desconfianzas y dudas en el seno de la Administración Bush que alcanzaron su punto culminante coincidiendo con el momento de máxima violencia de la insurgencia iraquí, con jornadas de decenas e incluso centenas de muertos por atentado. De ahí a la despedida de Bush es lo que recoge el libro. La pretenciosa etiqueta de “historia secreta” es solo un reclamo más de algo que promete ser interesante pues afecta a la Casa Blanca, centro decisorio del mundo, y está escrito además por alguien con dotes probadas para la investigación y la exposición dentro del rigor que exigen ciertos temas, incluso aquéllos que podemos denominar áridos.

Pero tan ilusorio punto de partida en lo político y en lo militar no se endereza fácilmente. Tampoco en lo periodístico, que debería ser el único asunto objeto de nuestro análisis. Lo que ocurre es que el libro acaba ofreciendo poco interés periodístico -o interés, a secas- y difícilmente puede ser analizado sin entrar en esa clave puesto que todo está unido. En estas mismas páginas analizamos a raíz del 11-S cómo la prensa norteamericana en general había tomado parte activa -y quizá inconsciente, muchas veces- en la desinformación promovida por el Gobierno de Bush. En esa línea, Woodward, tras entrevistar a todo aquel que tuviera la más

mínima relación con el conflicto (su faceta de trabajador incansable parece no haberla perdido) se deja llevar por esa especie de síndrome de Estocolmo colectivo que ha afectado en los últimos años, y en especial desde el atentado a las Torres Gemelas, a la prensa norteamericana. No es que ahora tome parte por sus antiguos enemigos republicanos, lo cual sería perfectamente legítimo; lo que le ocurre más bien es que acaba siendo presa de las dudas, indefinición, tibieza, y falta de claridad y de clarividencia que afecta a su gobierno. No toma parte por él, pero tampoco lo critica. Lo único que construye es un relato redundante e informe, basado en destapar supuestas decisiones importantes, carente de toda perspectiva informativa o histórica. Todo ello lo decimos, por supuesto, sin entrar en terrenos morales que darían para otro libro tan voluminoso como éste. Valga como ejemplo del carácter plano del libro que en sus doscientas primeras páginas la historia revelada, supuestamente fascinante, de la Casa Blanca solo ofrece en claro que la guerra no marcha bien y que es necesario traspasar cuanto antes el gobierno a los iraquíes. Para ese viaje, ciertamente, no se necesita ese ingente número de alforjas repletas de documentos top secret y de entrevistas personales de varias horas con Bush.

La decepción, por otra parte, alcanza también a la edición. Prácticamente ninguna de las 518 páginas del libro está libre de erratas, faltas de ortografía y fallos de redacción (de traducción, se entiende). Todo ello vuelve a resultar coherente con el lenguaje políticamente plúmbeo de la Casa Blanca que trufa el ya de por sí anodino discurso. Y lo pesado no se queda en el lenguaje sino que llega también al pensamiento si por tal cabe entender razonamientos como el que sigue: En el punto de máxima violencia en Bagdad, y ante las medidas de seguridad desplegadas por el ejército norteamericano, un comunicado de ese mismo ejército dice que dichas medidas están siendo un éxito porque están aumentando las críticas hacia ellas por parte de la insurgencia (página 140). Naturalmente, simplezas semejantes pasarían desapercibidas, o serían tolerables, dentro de un relato tenso y bien tejido, pero resultan inadmisibles dentro de éste pues semejantes debilidades lógicas hay que irlas exhumando, como si del propio paisaje iraquí se tratara, de entre los escombros de erratas, faltas de ortografía y de redacción del texto. Para colmo, por las páginas de La guerra... aparecen no menos de medio centenar de personajes entre políticos y militares norteamericanos, líderes chíes, suníes, kurdos, del ejército del Mahdi y de Al Qaeda, sin que ninguno, en ningún momento, deje la más mínima huella, el más mínimo comentario o información valiosos, ni el más mínimo análisis coherente. Todo queda reducido a un juego de engaños burdos, incluso dentro del propio bando. Los suníes odian a los chíes, el Pentágono desconfía de la CIA, y así sucesivamente... pero sin el picante que podría tener una novela de espías. Hay momentos en que encontramos a los militares estadounidenses preguntándose: ¿"A quién estamos combatiendo?" (p. 73).

Dentro del desbarajuste gramatical que es este libro resulta particularmente odioso el empleo del término "efectivos" para referirse exclusivamente a personas, algo, por otra parte, común hoy en día en cualquier crónica periodística sobre temas militares. Se dice, por ejemplo, que el ejército norteamericano cuenta con cien mil "efectivos" en Irak, cuando lo que se quiere decir es que cuenta con cien mil "soldados", olvidando que, además de éstos, también constituyen "efectivos" las

armas, los tanques... y cualquier objeto con que cuenta un ejército. “Llamar efectivo a un solo combatiente -decía Lázaro Carreter- es tanto como denominar orquesta a un solo pianista o tripulación a una azafata”. Este empleo de la palabra podría quedar en simple y molesto contagio de una pasajera moda periodística, si no fuera porque, como decíamos antes en relación a otro tema, va acompañada de otros de más grueso calibre. En un determinado momento (p. 133) podemos leer: “Después de escuchar durante un año las sesiones informativas del General Casey en Irak, que presentaban un panorama color de rosa, Satterfield le hecho la siguiente pregunta...”. No sé si sobra una hache, falta un acento, las preguntas se “echan”, como las campanas al vuelo, o donde dijo “hecho” quiso decir “hizo”. En cualquier caso, como se ve, la versión española en nada mejora al original. Y lo curioso es que propio Woodward parece consciente a veces del artefacto difícilmente legible que tiene entre manos pues sus personajes se reprochan hablar no solo lenguaje político, sino también “jerga de abogados”, de lo que es acusado el secretario de defensa Donald H. Rumsfeld (p. 188). En fin... un lenguaje acorde con una misión política. Seguramente, cuando en el futuro se escriba sobre la actual guerra de Libia, esa indefinición de objetivos que ahora vemos en Irak ya nos resultará familiar. Unos harán y otros querrán hacer como si no hicieran. Y habrá también quien lo traduzca todo a un lenguaje incomprensible. Todo será... coherente. Y peor: decepcionante.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA
Universidad Complutense de Madrid